

## LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA DE LAS CIENCIAS Y EL AMERICANISMO

La historia de la ciencia española comenzó siendo en principio una actividad de tipo apologético, que surgió a lo largo del siglo XVIII como contestación a la rivalidad nacida entre las naciones europeas por sobresalir en el campo de las realizaciones científicas. Cuestionada la aportación española a la ciencia europea, se inició la tradición de «polemizar» a propósito de ella, alineándose en dos bandos sistemáticos que conservaron sus posiciones irreconciliables por más de una centuria: unos, escéticos, culpando a la peculiaridad histórica patria de sus lagunas científicas, y otros rellenándolas con ejemplos aislados, espigados de la manera más inverosímil. Hasta bien avanzado el siglo XX no comenzó a predominar la postura sensata de ponerse ambos bandos a estudiar el pasado científico español, considerando finalmente los olvidos frecuentes de nombres españoles en historias extranjeras como resultados esperables, tanto de las lagunas científicas del pasado como de la falta de dedicación histórica colectiva y sistemática para ponerlos a disposición de todos los interesados.

Esta posición última ante el pasado científico español puede ejemplificarse en la fundación de la Asociación de Historiadores de la Ciencia Española, que tuvo lugar en 1934 promovida por el matemático Francisco Vera y compuesta por personalidades americanistas como el padre Barreiro, Guillén Tato o el propio Ballesteros Beretta. A causa de su corta vida, suspendida tras la marcha de Vera al exilio, no pudimos ver sus resultados y sólo podemos juzgar de sus posibilidades por el libro colectivo editado en 1935 sobre *La ciencia española en el siglo XVII*. Al cabo de mucho tiempo, y animados por parecidas motivaciones, ha surgido otra institución voluntaria, la Sociedad Española de Historia de las Ciencias, que fue inscrita en el Registro de Asociaciones en el verano de 1976. En el número 0 de su *Boletín*, editado en mayo del año siguiente, daba a luz un manifiesto que quería dejar patente su alejamiento de la tradicional «polémica de la ciencia española»: «La So-

ciudad entiende que no se trata de averiguar si ha habido o no ciencia española, grandes figuras o grandes aportaciones, sino de investigar cuál ha sido la función que la ciencia —o, en cada caso, su deficiente implantación en nuestro medio— ha desempeñado en nuestra historia.»

Al cabo de cuatro años y medio, esta Sociedad ha convocado cinco simposios sobre la historia y la enseñanza de las ciencias en España (celebrados en Granada, Barcelona, Valencia, Salamanca y Madrid), ha publicado cinco números de su *Boletín* con un total de 572 páginas (recogiendo generalmente los resultados de aquellos simposios, excepto los dos últimos que han sido editados aparte) y ha convocado dos congresos nacionales. El primero de ellos se celebró en diciembre de 1978 en la sede de la Academia de Ciencias Exactas, y las actas han sido publicadas por la Excma. Diputación Provincial de Madrid en 1980, reuniendo 45 participaciones que totalizan 589 densas páginas. El segundo está convocado ya para septiembre del año próximo, a celebrar en Jaca (Huesca), y se propone conmemorar el centenario del fallecimiento de Darwin.

Como miembro originario de ella me propongo destacar brevemente la atención que ha dedicado esta joven sociedad al Americanismo o, mejor dicho, a los estudios científicos españoles del pasado relacionados con América. Para ello, no he encontrado medio mejor que repasar las publicaciones que ella ha patrocinado, independientemente de los trabajos individuales de sus socios. En este sentido, reseñaremos los cinco números de su boletín, el congreso celebrado y el último simposio, cuyas actas pueden consultarse en la forma mecanografiada en que se puso a disposición de los asistentes. De este modo he logrado reunir 16 referencias, algunas de las cuales son muy breves y otras tocan el tema americano de modo indirecto. Las trataré en tres grupos, que se suceden cronológicamente: los publicados en la revista *Llull*, el boletín de la sociedad, en primer lugar; luego los presentados al Congreso de 1978 y, por último, los del simposio celebrado recientemente.

A) En la revista *Llull* he podido detectar cuatro trabajos que se refieren al tema americano de modo directo (los tres primeros debidos al mismo autor, un miembro del C. S. I. C. que participó con uno de ellos en el homenaje que este Instituto dedicó en 1979 a Fernández de Oviedo) o indirecto. En el primer caso, me refiero al profesor Francisco Aragón de la Cruz, que es autor de dos trabajos en el volumen 2 de la revista (abril del 78) y otro en el volumen 4 (diciembre del 79). El primero de ellos se titula «La política científica en la España del XVIII a través de la revista *Anales de Ciencias Naturales*, Madrid, 1799-1804» (vol. II, págs. 19-24), y persigue simplemente reflejar la buena disposición oficial hacia la ciencia natural a través de una serie de artículos seleccionados de esta revista, probablemente la primera española de las propiamente científicas. Los elegidos responden a dos tipos fundamentalmente: unos que recogen cartas o informes de científicos envia-

dos a «las dilatadas regiones de sus dominios», como serían las cartas de Humboldt, de Loefling o de sendos miembros de las expediciones de Mutis y Malaspina. Del otro tipo son tres artículos resaltando el valor de la ciencia natural del siglo XVI (Hernández, Laguna, Oviedo, Monardes, Arias Montano, etc.) y del XVII (Cobo), dos de ellos a cargo de Cabanilles y uno de Asso, representantes egregios ambos de las ciencias naturales de finales del XVIII.

Otro de los artículos del profesor Aragón insiste especialmente en este segundo tipo, y se titula «La visión de las ciencias naturales en la Hispanoamérica del siglo XVI, según los científicos españoles del XVIII y XIX» (IV: 63-72). Este breve ensayo fue presentado originalmente a las Jornadas en homenaje a Fernández de Oviedo, organizadas por nuestro Instituto en 1978. Se trata otra vez de breves apuntes de tipo bibliográfico, que en el caso del siglo XVIII recogen nuevamente los artículos de Cabanilles y Asso en los *Anales de Ciencias Naturales* sobre nuestros naturalistas del XVI y XVII. Debe recordarse que se trata de la revista editada por el Real Jardín Botánico, y que en ella se dio a conocer por primera vez parte de la obra del padre Cobo, a quien Cabanilles dedicó un género de planta; se trataba del manuscrito encontrado recientemente por su amigo Juan Bautista Muñoz en Sevilla, y con ello se repetía el ejemplo de Hernández, cuyo manuscrito hoy conocido fue encontrado por el mismo valenciano en Madrid y editado en 1790 por Gómez Ortega, el anterior director del Botánico. Por lo que hace a los estudiosos del siglo XIX, Aragón se refiere a Jiménez de la Espada, Laureano Pérez Arce y Miguel Colmeiro —tres fundadores de la Sociedad Española de Historia Natural, el último de ellos también director del Botánico— y a otros tres científicos, esta vez más aislados, como Salvador Calderón, Fernández Vallín y Rodríguez Carracido. No cabe duda que se trata de una lista muy representativa, a la que escasamente añadiría yo algún nombre, como el inevitable don Felipe Picatoste, cuyos *Apuntes para una biblioteca científica española del siglo XVI* (Madrid, 1891) superan las 1.000 fichas.

El profesor Aragón publicó asimismo una reseña sobre el *Coloquio sobre la historia de la ciencia hispanoamericana celebrado del 19 al 23 de abril de 1976*, editado al año siguiente por la Real Academia de Ciencias, con 233 páginas, más índices (*Llull*, II: 118-20). Tras recoger el índice de artículos, que aparte de uno introductorio de López Piñero recoge fundamentalmente estudios sobre fondos impresos y manuscritos en bibliotecas y archivos españoles, echa Aragón a faltar un estudio sobre los fondos del Museo de Ciencias. Yo añadiría que también falta de los fondos del Botánico, aunque ambas tareas están siendo realizadas en este momento por los funcionarios encargados de ambos museos.

Por último, en la revista *Llull* ha salido en su volumen III (febrero de 1979, págs. 37-42) un trabajo americanista indirecto: «Nota sobre la censura del libro científico en la España de la segunda mitad del siglo XVIII: el infor-

me de Jorge Juan en 1765», por el profesor Ramón Gago. Se trata de un informe emitido por nuestro eminente matemático sobre un tratado calendárico de un fraile carmelita, que pretendía nada menos que reformar el calendario gregoriano sin otra base que la Biblia y los silogismos. Este informe fue apoyado por el de dos matemáticos italianos, requeridos igualmente por el marqués de Grimaldi, todos oponiéndose a que gozase de la protección oficial. A pesar de ello, parece que su obra no fue prohibida, y el fraile siguió presentando proyectos nuevos de investigación.

B) Por lo que hace al I Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias, he localizado cuatro trabajos de interés americanista directo y tres de tipo indirecto. Seguiré el orden de paginación de las actas, que en este caso sitúa los trabajos de interés indirecto al principio. El Congreso se dividió en cuatro partes: *conferencias* magistrales de autoridades extranjeras (del famoso historiador inglés Alistair C. Crombie, que envió su comunicación escrita, y de los franceses René Taton y Pierre Costabel, que asistieron y presentaron cada uno de ellos dos conferencias, aquí recogidas), simposios y sesión libre:

*Simposio* «El científico español ante su historia», que quería centrar la atención sobre los modos de historiar la ciencia en España por parte de los profesionales. De las cinco ponencias presentadas, nos interesan dos a los americanistas (Sánchez-Moscoso y Peset y Lafuente).

*Simposio* «La ciencia en España entre 1750-1850», al que se presentaron quince ponencias, de las cuales seleccionamos cuatro (Aragón de la Cruz, Gil Novales, Fernández y otros, y De Solano).

*Sesión libre* sobre historia de las ciencias, a la que se presentaron veinte comunicaciones, y de las cuales sólo hemos recogido una, la mía, porque además se publicó en la REVISTA DE INDIAS (núms. 153-154).

La profesora Angustias Sánchez-Moscoso Hermida trató sobre «José Rodríguez Carracido ante la historia de la ciencia española. Actitud spenceriana» (págs. 85-95). Con esta definición de su actitud se quiere ubicar la obra historiográfica de Carracido en el contexto intelectual que permite comprenderla, es decir, desde una concepción spenceriana que mira el desarrollo de la ciencia como un cuerpo que va creciendo y especializándose, al modo spenceriano. Se explica esta formación ideológica como producto de su adscripción krausista, adquirida en el Ateneo madrileño del brazo de aquellos hombres que pretendían recuperar el espíritu nacional, «decaído» alrededor del 98, a base de estudios históricos sobre la ciencia española y de una profunda renovación pedagógica. En este contexto deben verse igualmente sus varios estudios de interés americanista (sobre Humboldt y los españoles, sobre Alvaro Alonso Barba o sobre los metalúrgicos españoles en América) que aparecieron luego conjuntamente en sus *Estudios histórico-críticos de la ciencia española* (Madrid, 1897 y 1917, ampliada). Igualmente, su famoso es-

tudio especial dedicado a *El padre José de Acosta y su importancia en la literatura científica española* (Madrid, 1899, 167 págs.), premiado en 1895 por la Real Academia de la Lengua dentro del concurso de aquel año sobre biografía o estudio crítico de un buen escritor en castellano anterior al siglo XIX. La profesora Sánchez-MoscOSO, que dedicó su tesis doctoral a Carracido, aprovecha la publicación reciente de sus *Confesiones* para detectar el espíritu con que este historiador se acercó a la ciencia española. Justamente en este libro íntimo se dedica un capítulo a lo que él llamaba «Iberoamericanismo», que, según confiesa, se inició en 1892 «leyendo a los historiadores de Indias» bajo la impresión predominante entonces en España con motivo del centenario del descubrimiento, y en tono claramente nostálgico y apologético.

Los profesores José Luis Peset y Antonio Lafuente trataron sobre «Ciencia ilustrada e historia de la ciencia» (págs. 97-124), procurando ubicar los estudios iniciales de historiografía científica dentro de las coordenadas socioeconómicas precisas en que se fue desarrollando, es decir, entre la protección concedida por la Corona y el interés naciente de la burguesía liberal, que tomó la batuta política, tras el lapso fernandino. A nosotros nos interesa especialmente esta ponencia por el estudio detenido que se dedica a la figura de don Martín Fernández de Navarrete, siguiendo su derrotero biográfico, primero como ilustrado y luego como miembro de la burguesía liberal.

El profesor Aragón de la Cruz tocó brevemente su tema de «La investigación sobre el platino en la España del siglo XVIII» (págs. 189-190), citando bibliográficamente las doce contribuciones que encontró. Nos interesa especialmente, pues, por recoger las de Ulloa, Elhúyar y Francisco José de Caldas.

A continuación vienen seguidos tres trabajos de directo interés americanista. El primero de ellos a cargo del profesor Alberto Gil Novales sobre «Fausto de Elhúyar y Georg Forster» (págs. 191-199), donde de modo sumamente erudito como acostumbra este autor, se nos informa de cuatro cartas cruzadas entre estos dos personajes como fruto de su encuentro fortuito en uno de sus viajes europeos, que dan indicios de un probable concierto entre Forster y el Gobierno español. Conocido por haber acompañado con su padre al capitán Cook a los mares del Sur, y por sus libros y estudios científicos, es posible que fuera aceptada en parte la invitación de Elhúyar a que Forster viajara a estudiar los lejanos dominios españoles del Pacífico. Para ello, se analizan tanto las cartas cruzadas como las existencias bibliográficas españolas de la época, así como la correspondencia oficial.

El profesor Joaquín Fernández, junto con sus colegas A. Gomis, J. Lacalle y F. Pelayo, de la Facultad de Ciencias Biológicas, trató sobre «El aprovechamiento por parte de España de las materias primas agrícolas de América en los siglos XVIII y XIX: la polémica del cultivo del cacahuate» (páginas 201-221). Es conocido que durante el siglo XVIII la población euro-

pea aumentó a causa de las mejoras sanitarias y ello llegó a provocar carestías de alimentación con motivo de algunas rachas de malas cosechas: de este modo es como se fueron introduciendo en la alimentación humana cultivos americanos como la patata, el maíz, la batata, etc. En este caso, se trata de la *Arachis hypogea*, llamado maní, cacahuete o cacahuete cuyo cultivo empezó a extenderse por estas fechas de finales del XVIII por las costas levantinas. Ello dio lugar a escritos laudatorios sobre sus virtudes alimenticias o simplemente oleaginosas, que fueron relativamente polemizados por eruditos más o menos importantes, y que introdujeron en ella a personalidades del nivel de don Hipólito Ruiz y del mismo Cabanilles. Huellas de estos escritos —en especial los laudatorios— han encontrado los autores en el *Semanario de Agricultura y Artes*, editado en los años 1797 a 1808 bajo los auspicios del Real Jardín Botánico.

Como última contribución en este simposio sobre la ciencia española de 1750 a 1850 he seleccionado la de nuestro colega del Instituto, el profesor Francisco de Solano, que trató del «Valor y significado de la 'descripción de la Nueva España, 1778', obra inédita de Antonio de Ulloa» (págs. 223-228). Habiendo perdido el trabajo original que preparó para este Congreso, a consecuencia del incendio del Instituto ocurrido en aquellos días, el autor presentó un resumen, donde se recogía en esencia el estudio introductorio que precedería al año siguiente la edición mexicana de este inédito de Ulloa, conservado en copia por Juan Bautista Muñoz, y de la correspondencia con su amigo el virrey Bucareli. De modo breve, pues, se analizaba en este trabajo la labor realizada en México por Ulloa durante los años 1776 a 1778: como jefe de la flota amarrada al puerto de Veracruz, como viajero por las regiones mineras de México y como animador de una encuesta realizada en Nueva España al estilo de las que habían dado lugar a las relaciones geográficas de Felipe II, cuyos resultados aún quedan por aprovecharse mientras duermen en bibliotecas europeas y americanas. En nuestro tiempo empezamos a superar la indiferencia común manifestada por tanto tiempo hacia los trabajos científicos de los siglos XVI y XVIII, comunidad que obedece probablemente a la estrecha unión que ató los trabajos de Carlos III a los de Felipe II, que ha pasado desapercibida a la posteridad, empeñada en ver nuestro siglo XVIII en servil dependencia de la ilustración europea.

De la sesión libre recojo solamente mi trabajo «Contribución del padre Acosta a la constitución de la etnología: su evolucionismo» (págs. 481-517), que ya fuera conocido por los lectores de esta revista en las páginas 507-546 del número 153-154 (julio-diciembre de 1978). Solamente me cabe recordar ahora mi intento de presentar al padre Acosta de modo digno ante los naturalistas que llenaban aquel congreso, destacando que la teoría evolucionista sobre la historia cultural del continente americano —que, a su vez, tanto contribuyera a la polémica europeo sobre el «estado de naturaleza» de la

sociedad humana antes de su constitución como sociedad civil— tenía su origen en esta obra. Que ello se daba, contra lo que se había dicho por anteriores especialistas, en los libros de historia moral y no en la natural. Y, finalmente, que no comprenderíamos esta obra si aislábamos una historia de otra, como se estaba haciendo desde el inicio de la polémica de la ciencia española.

C) Por último me referiré como trabajos de la S. E. H. C. al I Simposio sobre metodología de la historia de las ciencias, que acaba de tener lugar los días 1 a 3 de octubre pasados en la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Central de Madrid, y cuyas actas están por salir. En este momento disponemos solamente del borrador de ellas, a través de la fotocopia encuadrada de los trabajos originales presentados por los participantes, que se puso a disposición de los asistentes. Se trata de un volumen tamaño folio de 264 páginas, más cinco en romano con los índices, que incluye 35 trabajos presentados en forma resumida, cada uno con su tipo de letra mecanografiada propia. Estos trabajos se hallan unidos entre sí por el común denominador de su preocupación metodológica, aunque media docena de ellos se centran en problemas pedagógicos. En esta sociedad siempre estuvo presente una preocupación por la pedagogía de la historia de las ciencias, tanto en orden a la implantación institucional en la Universidad española de los estudios propios, como en orden a la mejora de la calidad pedagógica, de forma que la tarea historiadora contribuya a llenar las lagunas de la formación científica de nuestros estudiantes, desde la Primaria misma. Del resto de los trabajos presentados hay una gran dispersión temática, estando presente trabajos de Ingeniería, Medicina, Matemáticas, Prehistoria o Paleontología, Biología, Geología, Psicología, Farmacia, Antropología, Economía, Lingüística, Historia y Musicología. Por su mayor frecuencia sobresalen los temas de Medicina (tres trabajos), Biología (tres), Antropología y Etnología (tres) y Geología (dos).

En este caso hemos recogido igualmente los trabajos de interés americanista indirecto (los tres primeros) como directo (los otros dos, obra de dos miembros de este Instituto del C. S. I. C.). Seguiremos otra vez el orden de aparición en las actas.

Los biólogos Francisco Pelayo y Alberto Gomis trataron del «Análisis de la metodología en la interpretación de los fósiles durante el siglo XVIII» (páginas 28-36). Los autores se referían a los escritos sobre el tema en España, aunque en términos generales el tratamiento dado se reproduce en los trabajos que se le dedican en Europa por esa época. Los fósiles encontrados en la tierra tienden a interpretarse como huella de la vida antediluviana, especialmente los que muestran sus parecidos con la fauna marina; pero ya entonces surgen diversas interpretaciones de este mismo hecho, que tienden a explicar el carácter no catastrófico o revuelto en que se presentan estas huellas. Entre los autores incluidos en este trabajo nos interesa la presencia de A. de Ulloa

y del franciscano padre José Torrubia, este último también andaluz y largo tiempo residente en Filipinas y México. Los autores no incluyeron el tema de los «huesos de gigantes», aunque lo estudian en su investigación particular, como tema común de la historiografía colonial desde el siglo XVI al XVIII.

El siguiente trabajo toca un poco el mismo tema. El profesor granadino Gabriel García Guardia se ocupó de su paisano: «Acercamiento metodológico a J. Torrubia como biólogo» (págs. 37-44). Tras quince años de misionero en Filipinas y otro tanto de provincial franciscano en México, este fraile tenía a sus espaldas numerosos viajes, de los que parece llevaba diario. Por ello, a su vuelta a España se le nombra cronista general de la orden y desde Roma escribiría una historia de la Orden. Pero también es el autor de un tratado de historia natural española, y de una monografía sobre los fósiles y gigantes, considerados como restos del diluvio universal. Se llama la atención sobre la diferente posición (apologética o crítica) con que cabe tomarse la aportación científica de estos trabajos, enfatizándose el valor positivo de cualquiera de ellas.

El profesor Antonio Lafuente habló de «El proceso de constitución de la geodesia como nueva disciplina científica» (págs. 53-61), tratando del contexto revolucionario en que se desarrollaron las expediciones científicas realizadas a comienzos del siglo XVIII a Ecuador y Laponia por la Academia de Ciencias de París; la de Ecuador con participación española tanto de medios como de personas (Juan y Ulloa). Tal expedición, que inaugura un tipo luego predominante a lo largo del siglo y en la que España quiso comprometer su honor nacional, se comprende bien si se contemplan todos los aspectos implicados. Por un lado, se trata de una polémica científica sostenida entre sabios ingleses y franceses a propósito de la forma terrestre (achatada por los polos o por el ecuador), a determinar entonces gracias a los avances técnicos, por mediciones más exactas de los grados de latitud en los hemisferios norte (Laponia) y sur (Ecuador), y de la longitud del péndulo horario. Pero llama la atención que esta expedición y esta preocupación «experimental» se dé precisamente en Francia, cuya tradición cartesiana le alejaba de tales preocupaciones. Fue el honor nacional el que explica estas inversiones, pues queriendo la Academia francesa seguir defendiendo la descripción cartesiana sobre la forma terrestre (achatada por el Ecuador), contra la inglesa enunciada por Newton y defendida por la Sociedad Real inglesa basándose en las leyes newtonianas de la gravedad, propuso que la discusión se solucionase por medio de una expedición experimental. No queriendo ceder a los argumentos lógicos newtonianos, que autoridades como el propio Voltaire contribuyeron a su triunfo, se expuso a una nueva tradición intelectual «inductivista». Pero las mediciones no dieron razón a ninguno de los bandos, dada sus contradicciones, contribuyendo simplemente a que naciese una nueva disciplina, la geodesia, que puso la atención en los numerosos problemas de

medición de la latitud y longitud: por la posición de las estrellas, por problemas higró y termométricos, por la horizontalidad, etc.

Por mi parte, presenté el trabajo «Repercusiones de la nueva historiografía de las ciencias en el caso de la Etnología: el problema de la profesionalización» (págs. 136-146). Pretendí defender la necesidad de aumentar la dedicación de la Etnología y las ciencias sociales a su propia historia, en vista de que su estado «preparadigmático» (T. S. Khun), o de poco consenso sobre objeto y método, le exponía a mayores peligros de interpretación cuando de su propia historia se tratase. El interés americanista de mi trabajo reside en que tomé la idea y el ejemplo de la etnología norteamericana, que se ocupa de la participación española en la historia de la Etnología europea en base precisamente a las crónicas de América.

El profesor Jaime González, colaborador de esta REVISTA y de los trabajos científicos de nuestro Instituto, presentó a instancias mías una comunicación titulada «Experiencia americana y metodología histórica» (págs. 147-155). En ella se analiza la incidencia que tuvo el descubrimiento americano en la tarea historiográfica española, contribuyendo a exaltar el valor de la «experiencia» como fuente informativa y como criterio de autoridad. Ello ha podido dar la impresión a ciertos metodólogos europeos de que nuestras crónicas de América carecían del carácter profesional de historiadores (por ausencia de especulación), pero nadie ha podido negar la riqueza de sus observaciones naturalistas y etnológicas. El autor acepta parcialmente esta calificación, pero sólo para la parte inicial de nuestra producción historiográfica, y condicionado este hecho por otras circunstancias históricas: competencia nacionalista, predominio erasmista, ausencia de precedentes, etc.

Cabe hacer, para terminar, alguna reflexión sobre la dedicación americanista de los trabajos realizados hasta ahora en la S. E. H. C. Hemos recogido a lo largo de esta reseña un total de dieciséis referencias, que pueden parecer suficientes si se olvida el contexto proporcional en que se dan. Por ejemplo, en el caso de los cuatro trabajos tomados de la revista *Llull*, hemos contado con una muestra de cinco números a lo largo de cuatro años, con un total de treinta y cinco trabajos. Para referirnos a un criterio cuantitativo más preciso, los cuatro trabajos recogidos suman solamente veintiséis páginas, frente a las quinientas setenta y dos de que constan todos los boletines. En cuanto al Congreso considerado, hemos tomado siete trabajos, con un total de ciento veintidós páginas, frente a los cuarenta y cinco trabajos y quinientas ochenta y nueve páginas que formaban la muestra total. Y por último, en el caso del simposio de metodología histórica, hemos podido encontrar cinco trabajos de interés, con un total de cuarenta y seis páginas, frente a los treinta y cinco, y doscientos sesenta y cuatro, que suma el total. Todo lo anterior nos arroja unos porcentajes de trabajos y páginas, respectivamente, del 11,4 y el 4,6 por 100 (Boletín), del 15,5 y el 20,7 por 100 (Con-

greso), y del 14,2 y el 17,4 por 100 (Simposio), que llevando las cosas a un promedio artificial, nos permitiría decir que los trabajos americanistas dentro de las publicaciones de la S. E. H. C. arrojan la cantidad de un 10,6 por 100 en términos concentrados de número y páginas.

Si se tiene en cuenta que la presencia americana real en nuestro proceso histórico sólo tuvo lugar en la Edad Moderna, y no en la medieval ni casi en la contemporánea (entendiendo por ella el período de independencia americana), cabe que resulte un porcentaje alto el 10,6 anterior. Pues, si queremos que la atención concedida a un período histórico se corresponda con su importancia real, tendríamos aquí un porcentaje de 10,6, multiplicado por tres (la Edad Moderna, más las otras dos que no se tienen en cuenta), que nos llevaría a una cifra cercana al tercio. No sabría decir si los estudios científicos españoles sobre América en la Edad Moderna, es decir durante el período colonial, equivaldrían en realidad a un tercio de todos los realizados entonces, pero sí es cierto que tales estudios han recibido hasta ahora una atención cercana a esa proporción, al menos por lo que toca al estado actual que revelan los trabajos de la S. E. H. C. En el número 1 de la revista *Llull*, se recoge un trabajo estadístico de José Luis Peset sobre las publicaciones de la revista *Asclepio*, órgano de expresión del Instituto Arnau de Vilanova, que en 1973 cumplía veinticinco años de existencia. Pues bien, el porcentaje de estudios que tratan temas americanos es del 19 por 100, y ello teniendo en cuenta que la medicina es un campo tan desarrollado en el período que hemos llamado colonial, como antes y después, y al que hay que añadir el período clásico de modo considerablemente importante.

Todo ello nos lleva a una conclusión. Nuestro Instituto no puede permanecer indiferente al peso específico que tuvo, y conserva, la ciencia y su historia española en el campo americano. Por ello, ha resultado providencial que el C. S. I. C. haya concedido a nuestro Instituto, junto con el Arnau de Vilanova y el Balmes, la financiación de un programa conjunto de investigaciones en el campo de «historia de la ciencia y de la técnica». Esperemos que esta línea iniciada no se quiebre, especialmente en un período como el nos aguarda de aquí a 1992.

FERMÍN DEL PINO DÍAZ

C. S. I. C. Instituto «Fernández de Oviedo»